

Sobre Hugo Padeletti

Es sabido que el místico inglés del siglo XVIII, William Blake, fue además de un gran poeta un excelente pintor. Igualmente lo fueron Henri Michaux, Paul Klee y Kurt Schwitters, para sólo mencionar algunos. Sin embargo, esta conjunción privilegiada no ha sido frecuente. Muchos escritores suelen dibujar o pintar en los márgenes de su obra mayor, y este ejercicio es para ellos una práctica incidental —casi un juego— sin demasiada trascendencia.

Creo que Hugo Padeletti tiene una semejanza real con los primeros. Para él tanto la pintura como la poesía son experiencias esenciales, ineludibles. De ahí que definirlo exclusivamente como poeta o como pintor sería, además de inexacto, insuficiente. Padeletti no es tampoco un poeta-pintor sino alguien que alternativamente, en los intersticios de una actividad, gesta la otra. De esta forma logra trazar a lo largo de una vida de trabajo dos huellas paralelas de singular y alta significación.

Desde la remota antigüedad los sabios chinos solían reunir en una misma obra pintura y poesía. El pintor escribía también allí su poema y esta confluencia, en muchos casos, superaba la resonancia de la sola pintura o del poema.

Es posible que el espíritu que animó aquella reunión feliz persista en la trayectoria personal de Hugo Padeletti, por lo demás conocedor minucioso de aquella tradición. No obstante ello, aunque un único gesto parece impulsar tanto su poesía como su pintura, hay que señalar que su práctica estuvo más bien orientada por la modalidad occidental. Pintura y poesía constituyen para Padeletti dos lenguajes diferentes, de ahí que ambas evolucionen de acuerdo a sus propias leyes. La pintura organiza en el plano formas y colores, autónomamente, y el poema, que atiende a sus exigencias, dibuja en la página un equilibrio hecho de palabras, de ritmos, de sonidos, etc. La aproximación de estas dos expresiones

en él tal vez se deba a que las dos brotan de una raíz única, de una idéntica visión contemplativa. Aun en el plano formal —donde como digo los lenguajes son diferentes— es posible entrever rasgos comunes: extrañamiento, concentración interior, silencio. Abandono y lucidez. El resultado es una pintura altamente poética y una poesía de sobria plasticidad verbal, construida muy cuidadosamente sobre una extensión blanca.

Tal vez en su interior estos dos modos entablen un diálogo y el despliegue alternado de cada uno de ellos beneficie al otro. Tal vez también en los periodos en que la imposibilidad de escribir sobreviene —cosa que casi siempre sucede en los poetas— la asistencia de la pintura llega en su auxilio. Es probable que la práctica del lenguaje plástico libere contenciones, deshaga nudos, levante las compuertas. Por supuesto, estas son meras conjeturas, pero quizá no estén tan alejadas de las cosas tal como éstas suceden.

H. G.